

Dámaso Santos

*De la turba gentil...
y de los nombres
Apuntes memoriales
de la vida literaria española*

Planeta

Índice

PLAZA PORTICADA	9
PRIMAVERA DE NEGRO SOBRE BLANCO	19
CON EL PARNASO EN LLAMAS	35
Para la Prensa y la Propaganda	38
Llamamos a Laín	52
A ver a Eugenio d'Ors	57
Palmas flamencas	66
Y sus tertulias de posguerra	70
PISANDO LA DUDOSA LUZ DEL DÍA	75
F. FLÓREZ EN LA CASA DE LA PRIMAVERA	103
FORTUNA Y TENTATIVAS DE UN TIEMPO NUEVO	111
Poesía y comunicación	112
Las cuerdas de la lira	115
Varios y ninguno para titular una revista	124
Ver España no cansa	127
HASTA LAS CONVERSACIONES DE SANTANDER	167
RIESGO Y VENTURA DE LA COMPETICIÓN LITERARIA	183
Abre Sésamo	187
En las revistas	191
Aquellos premios de la Fundación	198
Intentonas en Madrid	210
Honra y provecho, premios Nacionales	216
Barcelona, sona	221
El hilo y el ovillo. Premios de la Crítica	228
EL PARNASO EN LO VIVO LEJANO	233
Todo el aire es pájaro	238
La cabeza, la madre del cordero	243
Rosa Chacel: La carta entera	246
Max Aub, que vino, vio y voló	253
Para encontrar a «un hombre que se va»	261
«Algunos me dicen Sènder y otros me dicen Sender...»	270
En la vuelta de Bergamín	275
Alberti al fin	287

BAJO LA CARPA DE LA ZARZUELA	293
Que os leáis los unos a los otros como yo os he leído a todos...	296
<i>Índice onomástico</i>	299

PLAZA PORTICADA

Como aquella improvisada salutación que cuajó hermosamente en la piedra del arco de Santa María de Burgos para recibir a Carlos V, o los esbeltos y bellos accesos a las plazas mayores de Salamanca, Santander o Madrid se alzan, curvan aquí, dando entrada a este libro, tres poemas motivados en la aventura literaria de mi vida. Modestias mías y excesos de afectos y benevolencia de sus autores aparte, estos versos diseñan con certero pergeño el papel que vengo representando en el romance o relación juglaresca al aire libre —viaje del Parnaso— que ustedes serán servidos de empezar a leer a continuación.

El primero de los poemas fue escrito como prólogo a un librito mío que por lectura a los amigos, y aun en actos públicos, e impresión anticipada de fragmentos en periódicos y revistas me apresuraron cierta fama de poeta en los mentideros más bullantes de los años cuarenta, en el mismísimo café Gijón de mis escapadas provincianas. En una tarde nivosa del febrero de 1947 entregaba todo el poemario en pruebas de imprenta a Gerardo Diego, citados en un café del paseo de Sagasta, esquina a Santa Bárbara, que se llamaba, creo, La Mezquita. Recuerdo que sentados junto a una de las vidrieras vimos atravesar, entre la danza blanca de la nieve, a unas niñas —no sé cuántas— que regresaban del colegio hacia la calle de Covarrubias, las hijas del poeta. Nos acompañaba José Camón Aznar.

Conocí a ambos maestros desde algún tiempo atrás, en Zaragoza, donde yo andaba entonces, aunque me parecía haberlos tratado en amistad —a Gerardo efectivamente, por carta, desde el final de la guerra— toda la vida. Camón, visitado aquel día, quiso estar presente a la entrega porque tenía noticias de mis versos por algunas de aquellas publicaciones parciales y por las referencias muy halagüeñas, para mí, de Federico Sopeña —su contertullio del Lyon—, a quien conocí, con su primera ropa talar —aún sin las órdenes cabales—, asistente a una lectura del último verano en Soria que convocara mi gran amigo, el abogado César del Riego, antiguo y predilecto alumno —con su hermano y colega Benito, facedor también de versos— del Gerardo Diego mozo en su primera cátedra allí. Me soportaron también en la tenida Lolita

Franco y Julián Marías, quienes inmantados por aquel inspiradero de Bécquer, Antonio Machado y Gerardo, habían establecido en la ciudad del alto llano numantino, a poco de acabada la guerra, su residencia vacacional. (Marías corregía, en los veladores tertulianos de La Dehesa, las pruebas de su libro *La filosofía actual española*. Ya delantero filósofo, comenzaba a destacar en la literatura con la concesión reciente del premio Fastenrath de la Academia Española a su *Miguel de Unamuno*.) No tardó Gerardo en cumplir su promesa y llegado junio pude sacar mi libro *La tarde en el Mirón (Versos de Soria)* de la imprenta zaragozana de mi colega Eduardo Fuembuena. Quiso el voluntarioso diagramador, el poeta y dibujante Mauricio Monsuárez Yoss, mi ayudante en páginas literarias del periódico, que figurase como perteneciente a una inexistente colección «Pilar» en homenaje —y también como amparo en tal prestigio— a la revista de este nombre, que soñando con la memoria de las gerardinas *Carmen* y *Lola* de anteguerra sostuvieron durante cinco primorosos números —dos años antes de lo mío— Antonio de Zubiaurre y Eugenio Nasarre. «Para que Aragón estuviera presente —según escribían en la presentación—, con ojos, boca y corazón, con alma, en el actual trance poético.» Gerardo Diego trasladaría en seguida el romance que le salió para prologarme a su libro *Soria* (Antonio Zúñiga, Santander-Madrid, 1948), con dos ediciones consecutivas. Otra nueva ampliación de sus poemas sorianos, que con el título de *Soria sucedida*, aparecido en «Selecciones de Lengua Española» de Plaza y Janés en 1977, lo incluiría igualmente, al cabo de tantísimos años. ¡Gerardo!

El soneto, del mismo título que el romance gerardino, fue escrito por Emeterio Gutiérrez Albelo para formar parte de un largo brindis que el poeta canario emprendió enardecido ante la noticia de llegar a conocer personalmente a una buena parte de escritores que arribaríamos a Tenerife —tal vez solamente conocía a Gerardo Diego— en las anuales Jornadas Literarias de 1959 que alcanzamos la increíble fortuna de realizar aquella vegada en el archipiélago. Tales jornadas estaban capitaneadas por Gaspar Gómez de la Serna para que los escritores, hartos impecunes en su mayoría por entonces, pudiéramos conocer, de año en año, gentes y cosas de España. Viajes de recabado patrocinio en los organismos culturales de la Administración, y las entidades públicas o particulares de sobre el terreno elegido que generosamente nos atendían, esperando, tal vez con demasiado optimismo, por la correspondencia entusiasta en publicaciones periodísticas o librescas, de las abundosas impresiones —también había dibujantes y pintores de la expedición que podían hacer lo suyo— buenos efectos de publicidad turística. La prensa local dio íntegra la salutación del singular vate de Icod en la que figuraban las semblanzas de unos cuantos —aquéllos cuya hazaña conociera mejor o le dio tiempo a ensartar— de los treinta o cuarenta jornalistas. Entre ellas, la mía en un soneto,

que con las restantes loas dedicadas a mis otros compañeros figurarían en la revista *Gánigo* que Gutiérrez Albelo dirigió hasta su muerte en 1968. Amigos del querido poeta y míos en Tenerife —el poeta y novelista Fernando G. Delgado y mi compañero de la crítica Domingo Pérez Minik— han tenido la fineza de darme la oportunidad de retribuir mínimamente este hermoso brindis honrándome con situar, como prólogo, un artículo mío en una selección póstuma de sus poemas.

La epístola «Dámaso», de mi fraternal José María Fernández Nieto, me fue enviada por su autor en 1961. Figura impresa desde 1972 en que aparece en el libro *Galería Íntima*, premio Ciudad de Palma del año anterior, editado en la colección «El Toro de Granito», de Ávila. José María, que siempre ha escrito con su corazón de pan llevar en la mano, no podía por menos de fructificar algún poema con mi nombre en cualquiera de esas sus cosechas líricas que vienen dándosele regularmente en infatigable y angélico laboreo de libros que certámenes y certámenes no tienen más remedio que premiar. Fueron comunes nuestras adolescencias y primeros pasos juveniles en aprendizajes y sueños en la Palencia de los años partidos por la guerra civil. Nadie como él podía testimoniarnos en sílabas contadas lo que unos pocos conocieron íntimamente de mi vivir primero en la loca propuesta literaria, y sólo él podía describir el sentido de la proyección de tales andanzas porque solamente él compartió conmigo la vela de armas para el ingreso en la caballería y —en los reencuentros— la renovada e indeclinable fe que nos ha mantenido de profesos en ella.

Gracias, Gerardo, primer y sempiterno maestro en el hacer y entender la poesía, condescendiente y delicado retratista de mi lírico éxtasis soriano. Gracias, Emeterio, en tu isla celestial de ahora, por la denuncia ferviente del encuentro, con menoscabo de la primera, entre la poesía y la crítica o animación literaria, en la madurez de mi más intensa dedicación a esto último. Gracias, José María, por la entrañable condensación, símbolo y síntesis de la película entera.

DÁMASO SANTOS

*Dámaso Santos, un nombre
de liturgia y romancero,
de papas, cantos y santos,
de piedra, latín y hueso.*

*Dámaso Santos ovilla
su solitario paseo.
En la mano va estrujando
una mata de romero.*